

*Jorge López Moctezuma Cumming S.J.*  
(1927-2007)

LAURA PÉREZ ROSALES  
Departamento de Historia/UIA

El pasado 11 de enero murió el maestro Jorge López Moctezuma, jesuita e historiador mexicano y académico del Departamento de Historia de la Universidad Iberoamericana (UIA), campus Ciudad de México. López Moctezuma representó de modo emblemático la tarea del docente de la historia y, por lo mismo, su carácter inseparable de la historia de la formación de varias generaciones de historiadores mexicanos. Su figura recordaba la de un Quijote, pero en lugar de lanza se acompañaba siempre de un mapa con el que llegaba a sus clases de historia universal.

Al iniciarse la década de los años setenta, las clases vespertinas en la UIA –localizada entonces al sur de la Ciudad de México– daban comienzo, como hasta hoy, a las 4 de la tarde. Poco antes de esa hora, los accesos al campus universitario, los pasillos en la planta baja y los dos pisos que formaban los edificios de aulas apenas eran suficientes para recibir y facilitar el traslado de profesores y alumnos a los diversos salones distribuidos en toda la institución. Los lunes y miércoles, los alumnos del curso de *historia de la cultura* sabíamos que, poco antes de las 4 de la tarde, el padre López Moctezuma, serio, alto, cuyo andar correspondía

a un hombre de más de los 45 años que entonces tenía, llegaría al salón siempre puntual y con expresión malhumorada. Sin embargo, esa apariencia de rigidez, casi de altanería, se transformaba apenas iniciaba su curso y se entregaba a la narración de los acontecimientos políticos o sociales en la Europa de los siglos XIX y XX. Era dueño de una evidente capacidad histriónica como instrumento didáctico. Dotado igualmente de una memoria envidiable, reproducía con facilidad expresiones por igual de Napoleón que de Flaubert, o bien se servía del filo de la tarima para imitar los arriesgados balanceos que Benito Mussolini efectuaba desde lo alto de un edificio, con los que –decía– el dictador italiano capturaba la atención y la mirada del público que lo escuchaba al ras del suelo.

El maestro López Moctezuma fue, por encima de todo, el maestro de centenares de alumnos a lo largo de 31 años de labor docente en la UIA. La mayoría de los alumnos de las licenciaturas de humanidades, ciencias sociales e incluso de ingenierías tomaron los cursos de historia de la Revolución mexicana, de Grecia y Roma, de Europa medieval y de la cultura. Su capacidad para impartir cursos correspondientes a un arco temporal y temático que iba de la historia del Imperio romano, pasando por la de la Edad Media, hasta el Renacimiento se explica fundamentalmente por sus años de formación como jesuita. Perteneció a esa generación de jóvenes –durante los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial– sometidos a una estricta disciplina de estudio, sobre todo, de las humanidades. Esta formación, que incluía a profesores de la talla del historiador Daniel Olmedo, privilegiaba el examen de la filosofía, el derecho, la literatura y las ciencias. Durante las largas caminatas entre el Noviciado de San Cayetano –cercano a Santiago Tianguistenco– y las lagunas de Zempoala, los jóvenes jesuitas repetían y comentaban en latín pasajes de Virgilio, Horacio, Ovidio o Sófocles. Esos ejercicios eran posibles gracias al conocimiento que tenían del latín, el griego y, varios de ellos, el hebreo.

Durante los años sesenta, López Moctezuma fue enviado a estudiar a Bélgica y a Francia, en donde pasó varios años. En París se incorporó a los seminarios de Jean Orcibal –en la *École des Hautes Études en Sciences Sociales*–, donde fue discípulo de los historiadores Michel de Certeau, Jean Meyer y de Pierre Chaunu, este último gran conocedor de la Reforma y la Contrarreforma. Examinó los trabajos eruditos y mecanicistas de Oswald Spengler y de Arnold J. Toynbee, y aplicó luego sus esquemas explicativos de la formación social en cursos de historia mundial. Pero a través de Chaunu también conoció los trabajos de Fernand Braudel, es decir el principal representante de la segunda generación de la escuela de los *Annales* dentro del periodo estructuralista, una de las escuelas historiográficas europeas más sólidas. Eran los años de la Guerra Fría, del Concilio Vaticano II y la apertura de la Iglesia al mundo, de los procesos de liberación de las colonias francesas y de los movimientos juveniles contra la guerra de Vietnam.

En 1966, durante el rectorado del padre Francisco Xavier Mesa S.J., López Moctezuma se incorporó como académico al claustro del Departamento de Historia de la Iberoamericana. A partir de ese año dedicó su vida a la docencia de la historia. Los innumerables alumnos que pasaron por sus clases fueron testigos de su gran erudición y de su pasión por transmitir y explicar el pasado.

Seguramente por el ambiente familiar en que creció –padres melómanos, el tío Carlos destacado actor cinematográfico y su primo Juan comunicador en la radio–, López Moctezuma desarrolló otro aspecto de la vida humanista: su gusto por la música y la arquitectura. Muy joven, tomó clases de música con Francisco Agea, director del Conservatorio Nacional de Música y, estimulado por la experiencia de la participación de sus padres en coros, el no dudó en colaborar con la maestra Miriam González Urriza en la dirección del Centro de Música de la UIA –cuyo primer director fue Federico Groenewold– y con ello en la construcción paulatina de una atmósfera universitaria sensible a la apreciación musical. Entre 1968 y 1976, ambos organizaron conciertos y conferencias

sobre la historia de la música. La labor de ese centro fue muy importante para difundir el arte musical en la UIA, ya que ésta fue la anfitriona, por ejemplo, de conciertos ofrecidos por la Sinfónica de la Universidad de Los Ángeles, pianistas de la talla de Jörg Demus, Nadia Stankovich, María Teresa Castrillón, Luz María Puente, Manuel de la Flor y José Luis Cházaro, y de la violinista Celia Treviño. Gracias también a estas jornadas musicales, en la universidad se estrenaron sextetos de Brahms, se recibieron orquestas juveniles, se montó la ópera *Bastian y Bastienne* y, en 1969, la maestra González Urriza fundó el Coro de la UIA con alumnos de la propia institución.

A partir de 1976, los maestros López Moctezuma y González Urriza dieron vida a la Escuela de Música Dr. José Sánchez Villaseñor, como extensión de la propia UIA. En ella se ofrecían conciertos, conferencias y clases de historia del arte e historia de la cultura. En correspondencia, los participantes de los cursos entregaban donativos voluntarios que se destinaban a obras sociales como, por ejemplo, apoyos a madres solteras, a colonias populares de San Luis Potosí y a sacerdotes necesitados, así como becas para estudiantes y niños de la calle, entre otras.

En esta misma línea de la difusión de la cultura y de la historia, es fundamental subrayar el fino olfato de López Moctezuma para reconocer una obra medular sobre el oficio del historiador: se trataba de *La escritura de la historia*, de su antiguo condiscípulo, el francés Michel de Certeau. López Moctezuma leyó y valoró la importancia de ese libro y de la necesidad de difundirlo entre el público hispanoparlante. El jesuita mexicano la tradujo en 1985 y la publicó el Departamento de Historia de la UIA. Desde entonces, los historiadores de habla castellana enriquecieron sus reflexiones al familiarizarse con una de las más sofisticadas formas de analizar y comprender la operación y reconstrucción escriturística del pasado.

En cuanto a sus responsabilidades académico-administrativas, López Moctezuma fue miembro del Senado Universitario en dos

ocasiones, formó parte de diversos Consejos Académicos del Departamento de Historia de la UIA y fue director de la carrera de historia del arte.

Después de 31 años de ser maestro universitario, sus alumnos, colegas y amigos siempre lo recordarán por representar al *docet* erudito, humanista y generoso. Fue indudable su entrega al servicio de los demás a través de la enseñanza, pero también tuvo la capacidad de combinar su vida académica y religiosa con una tercera, más mundana aunque no menos importante en la vida: López Moctezuma siempre tuvo un gran aprecio por compartir con los amigos la buena mesa y la buena bebida, lo cual, aunado a su amena conversación, resaltaba en él sus rasgos de *gourmet* y de *gourmand*. 